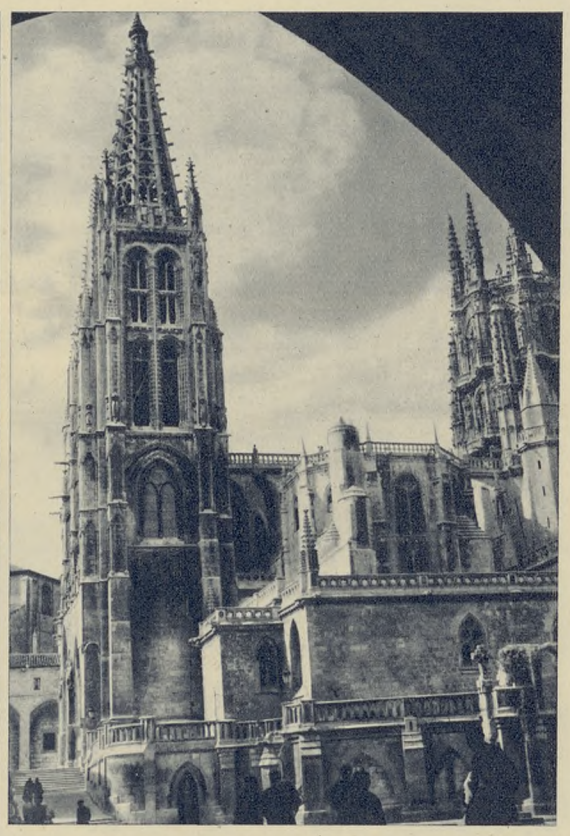
CARTA DE MISTER NICKERSON

Las viejas ciudades: Avila de los Caballeros y sus murallas.

Castilla: un pueblo cualquiera.



El gotico: la Catedral de Burgos.

Los toros: una airosa «manoletina»

El folklore: «txistularis» vascos.

Carta de Mr. Nickerson: Roy W. Nickerson, quien se encuentra ahora en el Bowdoin College, en Brunswich, por el Maine. «Les mando un artículo que acabo de escribir sobre mi viaje por España este verano, con el grupo de estudiantes norteamericanos... Sé bien que tiene muchas faltas de Gramática..., aunque estudio el idioma castellano lo mucho posible... Me gocé tanto de mi estancia en España, que me pareció que tenía que escribir algo...»

Bien, Mr. Nickerson. Ahí va su artículo. Y va tal como nos lo envió: con las estupendas faltas de sintaxis que acentúan su gracia. Créanos: queda mejor así, en su autenticidad. De sus espléndidas fotografías, apenas tenemos espacio para reproducir estas cinco. Muchas gracias, Mr. Nickerson.

¿QUE VE EN ESPAÑA UN TURISTA YANKI?

Por ROY W. NICKERSON

VINE con el segundo grupo de estudiantes norteamericanos que van a pasar un verano en España cada año de aquí en adelante. Confieso que no estudié en las clases, pero gocé con el resto de mis compañeros de los EE. UU. de la simpatía de España como la hemos visto por medio de este viaje, el Instituto de Cultura Hispánica y la Universidad de Madrid.

Vine por dos razones—para ver a España, y para aprender su idioma. De la primera fuí con el grupo que se quedó en el País Vasco. Llegamos en Barcelona por avión procedente del estado de Connecticutt, después de visitar aquel puerto y Montserrat, fuímos en coches a Zaragoza donde nos quedamos dos días, gozando de la hospitalidad de la ciudad y por supuesto nos aprovechamos de la oportunidad de visitar a la catedral de la Virgen del Pilar.

Luego fuímos hacia el País Vasco, por Pamplona, donde vimos por una llovizna al encierro, y por fin a Fuenterrabía.

En Fuenterrabía mis compañeros se dedicaron a los estudios. Yo, no. No se puede aprender conversar en un idioma extranjero durante una hora diaria de clase, a mí parecer. Resultó que, a pesar de lo que ma habían dicho por todas partes—un extranjero no puede familiarizarse con los Vascos—me tropecé con unos muchachos con más o menos los mismos años que yo, 22, y llegamos a ser muy amigos. Estuvieron temporalmente en Fuenterrabía y eran buenos ejemplos del tipo vasco—Fernando, de Bilbao, Javier, de Zumaya, Isidro, de Pasajes, y Luis de Fuenterrabía misma. Eran buenos mozos que me enseñaron el carácter vasco, y el castellano con acento vasco sobrepuesto en un acento atroz que llevé conmigo de los Estados Unidos.

Por unas tardes libres ellos me introducieron a los misterios del pescar de chipirones—y por primera vez los probé. Me gustan más cuando son fritos, porque cada vez que los comemos cocidos en su tinta, ya tenían la forma y mi amigo Fernando tuvo que nombrar los miembros mientras que comía—¡mira... los patos... un ojo!...— U otras tardes fuímos—con mi máquina que quita el hipo—a ver una regata, o una partida de pelota—o mejor de todo, fuímos a los toros.

Ya había visto unas corridas de toros en el Ecuador, Sudamérica, y tenía mucha afición. Este verano he visto precisamente una docena—una por la generosidad de S. E. el Generalísimo Franco quien presenció a una corrida en San Sebastián y nos hizo mandar entradas para todo el grupo norteamericano. Ya me creo no solo aficionado, pero también buen juez, de las corridas de toros (y novilladas), el arte primorosa. En Sudamérica he visto sólo corridas sin picadores, y ya las prefiero así, aunque deban tener algún mérito por quedar hasta la actualidad en España. En el Ecuador ví por primera vez a Conchita Cintrón, quien puede matar a los toros allá y sabe hacerlo bien.

Este verano tuve la oportunidad de ver y apreciar casi todos los mejores matadores y novilleros de España. Resulta que los jueces y periodistas de muchas campanillas y yo no conformamos. Mis predilectos, aunque altos en la lista de matadores, no son los con el título de «el mejor». A mi parecer, el matador de toros Manolo González tiene el garbo en torear—en americano decimos «style»—estilo—que me gusta lo más. Le he visto torear cuatro veces, tres en San Sebastián y una vez en Bilbao. Muy bien también ha hecho Paquito Muñoz cuando le he visto en San Sebastián y El Espinar. Los hermanos Dominguín estuvieron muy bien muchas veces, pero no son tan consistentes—a mi parecer—y sé bien que estas opiniones resultasen por casualidad y que comparado a los españoles he visto pocas corridas. Mas así son mis impresiones.

Gracias a mis amigos vascos, pude sacar muchas fotos y películas de la vida vasca—fuí aun a pasar un día a borde del barco «Glorioso San Antonio» de Fuenterrabía a pescar atún—y con estas películas y lo demás que saqué en Montserrat, Castilla, Madrid y Toledo, en este momento doy conferencias en el nord-este de los EE. UU. con la esperanza de ganar más amigos para España—como por medio de este viaje me ha ganado de amigo para siempre.

Después de arrancarme del País Vasco, fuí de nuevo con el grupo a ver otras partes de España, y lo que hallé otra vez era una gente amistosa y un país encantador. De Santander fuímos a Burgos, Valladolid, Salamanca, Avila y Madrid. Desde allí fuí al Escorial y a Toledo, y las últimas escenas de las películas de mis conferencias son del Alcázar, cuando cuento la historia del heroísmo que vivirá de ejemplo sobresaliente en las páginas de la historia de España.

Como pueden Ustedes ver, en este viaje de casi diez semanas, que terminó con ocho días en el capital precioso Madrid, me enamoré con España y los españoles—y espero que Uds. los españoles me vean cada año de mi vida!